

EL HABLA Y LA LITERATURA DE LA SIERRA... VEINTIOCHO AÑOS DESPUÉS

Ángel Manuel Rodríguez Castillo

En 1989, en el marco de las IV Jornadas de Patrimonio de la Sierra, celebradas en Jabugo, presenté una ponencia que, con el título “*El habla y la literatura de la Sierra*”, pretendía destacar las peculiaridades y el valor cultural y patrimonial de este bien intangible que es el Habla, que es la Literatura, de esta zona de la provincia de Huelva, aquí en las últimas estribaciones andaluzas de Sierra Morena.

Destacaba yo allí las que me parecían peculiaridades, características propias del escritor serrano y reivindicaba cuatro figuras de literatos de nuestra zona: José Nogales, Fernando Labrador, Jesús Arcensio y Carlos Muñiz. Al final extraía unas conclusiones de mi trabajo y hacía unas propuestas que viene bien, creo, recordar ahora. Tras excusar las ausencias de algunos otros escritores en mi ponencia, decía lo siguiente: “1.-Poseemos un rico patrimonio lingüístico y literario que tenemos el deber de conocer y defender. 2.-Es necesaria la divulgación de las obras de estos autores entre nuestros niños y jóvenes, primero, para que conozcan sus raíces y se sientan orgullosos de ellas. También hemos de divulgarlos y hacerlos conocidos en ámbitos más amplios. 3.- Como en nuestra Sierra no existe una, llamémosla así, ‘infraestructura’ literaria de bibliotecas, tertulias, grupos de poetas... deberían las Asociaciones Culturales que organizan estas Jornadas de Patrimonio convertirse en lugares de encuentro de todos los que en la Sierra sienten y viven la Literatura. Certámenes poéticos o revistas literarias pueden ser, también, semilla de escritores.”

Hasta aquí lo que escribí entonces. Hoy podemos decir, con satisfacción que muchas de estas aspiraciones, bastantes de estos anhelos, son ya realidad gozosa y tangible. Estoy pensando en las Jornadas de Escritores de la Sierra que, desde 1994 ininterrumpidamente se vienen celebrando en Galaroza, siendo las únicas Jornadas de este tipo que se mantienen en la provincia y, prácticamente, sin ayuda oficial ninguna. Pienso también en la Asociación Literaria *Hwebra*, con su edición digital y su magnífica colección de libros de autores serranos, y en la ya desaparecida revista literaria *Sin embargo*. Y pienso, sobre todo, en la realidad de muchos buenos escritores, de prosa o verso, que, en opima cosecha, hoy vamos disfrutando. Estos son como los cuatro puntos que quiero desarrollar en esta ponencia.

Encuentros de Escritores Serranos. Comenzaron en 1994 y han ya sido durante 24 años ininterrumpidos una constatación de que la Literatura como vocación, como tarea, como necesidad, existe viva en la Sierra. Son siempre fines de semana, y siempre en Galaroza. Se han celebrado, sucesivamente, en el Hotel Galaroza Sierra, el Salón las Aguas, el salón de la antigua Caja San Fernando, y la Casa de Cultura. Ponencias, lecturas, discusiones, presentaciones de libros y ambiente de camaradería han sido las constantes de estos encuentros. Solo del primero que se celebró se han podido editar las Actas (gracias al patrocinio de la Fundación Juan Ramón Jiménez, representada en la Sierra por Juan Cobos

Wilkins, entonces su gerente), por lo que no existe otra constancia de todo lo que en ellas se ha ido diciendo y viviendo a lo largo de estos años, aparte del recuerdo de lo vivido por cada uno de los participantes en ellas. Previamente y como aperitivo a las Jornadas, se ha celebrado cada año la Velada de Poesía Erótica, dedicada, como su nombre indica a un tipo de literatura más desenfadada y picante, de la que sí queda el testimonio tangible de la colección *Tabula rosa*, con su edición anual de un texto, casi siempre original y escrito expresamente para la colección.

Estas jornadas han servido también para homenajear, glosando su obra y presentando sus libros, a distintos escritores serranos, en lo que ha sido una toma de conciencia de que existe una historia, existe una especie de “*humus*” fecundo en nuestra sierra que hace brotar artistas. Aquilino Duque, Carlos Muñiz, Manuel Moya, Rafael Vargas, Hipólito González, Carlos Sánchez... son algunos de los escritores serranos homenajeados a lo largo de los años. También fue objeto de atención especial en unas Jornadas el gran escritor de la Generación de la República José Bergamín, que compartió durante unos años nuestro paisaje y nuestro tiempo y forma de vivir. Precisamente durante su estancia en Fuenteheridos terminó su último y hermoso libro *Esperando la mano de nieve*. El Centenario del Quijote, la Memoria Histórica, los escritores de la Cuenca Minera de Huelva o de la provincia hermana de Sevilla... han sido también motivos centrales de distintas Jornadas. Estos Encuentros gozan de una magnífica organización... y un absoluto desmadre en los horarios, porque cuando los escritores se reúnen a hablar de sus cosas, a leer sus obras, a comentar las últimas publicaciones, el tiempo como que desaparece, pierde su importancia y exigencia implacable. Y esto lo afirmo porque, como dice Lope de Vega, “*quien lo probó, lo sabe*”.

“Este primer encuentro nace con vocación de sumar esfuerzos, nunca de restarlos, de aunar voluntades, de ser una oportunidad para que quienes escriben en soledad sonora, sin, en ningún momento, renunciar a esa amante terrible como un ángel y que tanto cuesta mantener, tengan ocasión de compartir, escuchar y ser escuchados. Un aliciente, un acicate para la creación y, antes que nada, simplemente conocernos, saber que estamos, dónde estamos, qué somos y quiénes somos por y en nuestras obras”. Lo que Juan Cobos Wilkins decía en la presentación de las primeras Jornadas, allá por 1994 como un deseo o una profecía, se ha convertido en estos años en una gozosa realidad que hace más rica, más viva, a la Sierra.

Distintas librerías de la zona montan cada año un pequeño stand para la venta de libros de los autores serranos, y es un gozo el comprobar que cada año la mesa de novedades está más repleta de libros y de autores nuevos, otro síntoma de la buena salud de la Literatura de creación de la Sierra.

Asociación Literaria *Hwebra*. Con un nombre que llama la atención por su ortografía y que habla de lo tradicional, lo telúrico, lo campesino (la huebra es una medida de superficie, es el terreno que una collera de mulas labora en una jornada) y, al mismo tiempo, de modernidad y tecnología (web, el vocablo anglosajón que hoy es sinónimo de ágora mundial, de nueva forma de comunicación, de conocimiento compartido), este proyecto, que nació humildemente de las ilusiones utópicas de unos cuantos escritores llenos de sueños, se ha consolidado en la Sierra y se ha convertido en uno de los referentes más prestigiosos de la cultura que se vive y se hace en el norte de la provincia de Huelva, mejor dicho, en toda la provincia, extendiéndose y llevando su influencia más allá de nuestras pequeñas fronteras.

Nació en el año 2000 y fueron sus primeros impulsores dos personajes absolutamente necesarios e imprescindibles para conocer y valorar el fenómeno de la explosión literaria de la Sierra en los últimos años. Hablo de Rafael Vargas y Manuel Moya, sus primeros presidente

y secretario (y botones y oficinistas y buscadores de subvenciones, y encargados de la limpieza del local, y correctores de pruebas, y quijotes contra las administraciones de viento y...)

Lo más destacado y visible de la actividad de este grupo ha sido la publicación de la colección literaria de autores serranos “Biblioteca de la Hwebra”, que en un esfuerzo constante y desprendido se ha conformado como la presencia y memoria imprescindible de la literatura serrana. Autores clásicos y consagrados, antiguos y modernos como Arias Montano, José Nogales, José Bergamín, Jesús Arcenio, Carlos Muñiz. Aquilino Duque, José Andrés Vázquez, Fernando Labrador..., o autores que empiezan a escribir (para algunos, su aparición en Hwebra es la primera edición de su obra). Autores totalmente desconocidos como Ernesto Martín, Juan Antonio Muñiz, Ignacio Garzón o José Vicente Sánchez Ortigoso, o simplemente olvidados en los ambientes literarios, como Pérez Infante, García-Gill o Miguel Pizarro, escritores de los que había que reivindicar su ser serrano..., componen un hermoso y variado caleidoscopio de formas de escribir, apreciaciones poéticas y preceptivas diversas..., pero todos con un denominador común: han sido y son serranos, y ese punto, esa forma de mirar a la vida, de expresar ideas y sentimientos, se rastrea y descubre en una mirada atenta a los distintos libros, los diversos estilos y las variadas temáticas. La colección se ha completado con 35 números y, por resumir su significado y aportación a la cultura, cito aquí las palabras que, en la contraportada del disco CD que se editó con toda la colección en ese soporte informático, expresan la satisfacción de un sueño cumplido: *“La Biblioteca de la Hwebra es fruto de un esfuerzo enorme y prolongado durante los últimos 7 años por rescatar y dignificar la Literatura en la Sierra de Huelva, desde el rigor y la independencia. Desde 1999, la Biblioteca, que nació con el modesto propósito de dar a conocer a unos autores en gran medida desconocidos o cuyas obras no estaban al alcance de los lectores actuales, ha pretendido crear un tejido literario que, en definitiva, hable del carácter y la singularidad de una tierra que ha vivido gran parte de su historia aislada, lejos de las rutas de la cultura, ensimismada y siempre desconocida para los demás”*.

Cómoago y *Rebilete* son otras dos colecciones de libros editados por la Asociación, abiertas a otra temática más amplia, pero también de autores y temas serranos.

Pero no solamente de editar libros ha vivido y vive la Asociación literaria Hwebra. Ha aglutinado, motivado y apoyado la escritura de poetas o narradores solitarios e incomprensidos, que se han visto reconocidos y animados por este movimiento asociativo. Lecturas, presentaciones de libros, talleres literarios, edición de una revista en internet... son otras de las realidades que Hwebra ha puesto en marcha, componiendo una realidad cultural sin precedentes en la Sierra y, me atrevo a decir, en toda la provincia de Huelva. Actualmente su presidente es Mario Rodríguez, uno de los escritores serranos, más caracterizados y fecundos de la última época.

Además de seguir con esta función de crisol de escritores, de “casa común” de todos los que tienen esta inquietud y este afán por decir en la Sierra, creo que Hwebra podría incrementar su presencia e influencia en la literatura serrana con la creación y convocatoria de algún premio literario, que, desde su nombre y su prestigio cultural, potencie y abra la realidad poética de la Sierra a otros ámbitos andaluces y nacionales. Aquí dejo la sugerencia, a ver si se puede encontrar algún mecenas o algún organismo oficial con auténtica inquietud cultural que lo patrocine.

Revista *Sin Embargo*. Corta, pero intensa, ha sido la existencia de esta revista literaria, nacida al calor de la Asociación cultural Ágora, de Fuenteheridos (asociación anterior a Hwebra), fruto del sueño de dos, entonces, desconocidos, soñadores y románticos escritores

de Fuenteheridos. Hablo de Manuel Moya Escobar y de Hipólito González Navarro. Ya en el primer número de la revista, en septiembre de 1994, en la primerísima presentación, expresan claramente, con un lenguaje diáfano y desenfadado, las premisas de donde vienen y los objetivos a donde van con la publicación: “*Nace Sin embargo, como cumple a toda revista literaria, con vocación heroica. En ella, lejos de pretender construir bunkers literarios o legitimar inclinaciones onanistas, se ofrece la duda como fermento necesario, como condición previa y posterior a todo acto creativo*”.

Aunque no se dice expresamente, se insinúa que la publicación no quiere en modo alguno ser algo limitadamente serrano: nace en la Sierra pero tiene la amplitud de horizontes que abren siempre los paisajes montañosos. Y de hecho, la revista no se quedó en la Sierra, sino que se extendió y abrió a Andalucía, pasando incluso, en números posteriores, a ser editada en Sevilla por Renacimiento, con el patrocinio de la Diputación Provincia de Huelva, circunstancia esta que se intuye en esta misma presentación del primer número que glosamos: “*Sabedores de que no puede existir creación sin subversión —a veces, que ironía, sin subvención—, sin un sin embargo que apunte a lo más recóndito y vulnerable de nosotros mismos, nos presentamos ante usted sin otros atalajes que los de la honestidad y el rigor*”.

Desde el primer número, dividido en dos espacios literarios para géneros distintos, narrativa y poesía, encontramos entre los colaboradores a un conjunto amplio y variopinto de escritores noveles y consagrados, andaluces y de otras zonas de España, o del extranjero. Juan Drago, Aquilino Duque, Rafael Pérez Estrada, José Luis García Martín, Manuel Garrido Palacios, Fernando Iwasaki, Care Santos (el último Premio Planeta), Juan José Millás, Miguel Argaya, José María Merino o Leopoldo María Panero, son algunos de los nombres que, a lo largo de casi cinco años, convierten a *Sin Embargo* en una revista rica y diversa, donde caben todas las preceptivas y corrientes poéticas, “todas las sensibilidades”, como dicen los políticos de sus partidos, expresión de una vida e inquietud que, aunque nacida en un pueblo serrano, no se encierra en el terruño o en el costumbrismo aldeano y solipsista, sino que se abre a la comparación y al encuentro, a la fecundación mutua con otras corrientes y otras iniciativas literarias. Por supuesto que en ella tienen cabida los escritores serranos; algunos, cuando aparecen en un número, lo hacen con su primer escrito editado, como Elías Hacha o José Luis Macías; pero no se restringe, como digo, a este solo tipo de escritores.

La revista no se limitaba a ofrecer textos de creación de los escritores, sino que, de algunos de ellos, narradores o poetas con los que comenzaba cada sección de cada número, se ofrecía también una especie de poética propia, a veces en forma de diálogo o entrevista, a veces en forma de texto explicativo, en los que se observaban, a lo largo de los números, las diversas concepciones literarias de los distintos autores.

Desde el primer número, la revista se adornaba con hileras de hormigas que recorrían sus páginas en todas direcciones, bordeando los textos, o intercalándose entre ellos, como una seña de identidad de la revista. Pero no era una boutade ni un capricho del diseñador. Muchos de los números comenzaban también con un texto, a modo de editorial, sobre hormigas o con ellas de tema; textos de Juan José Millás, Francisco Correal, Felipe R. Navarro, o Joaquín Machuca. La clave que explica esta especie de fijación con las hormigas la encontramos en un largo relato, una novela breve, que aparece en el número 5, titulada *El solar*, obra de Juan Mollás. En este relato contempla el lector el discurrir diario de la vida de un hormiguero, mientras que en capítulos alternos se va escenificando el trabajo duro y rutinario de un grupo de albañiles que están construyendo un banco. Desde el punto de vista de un narrador, que observa la obra desde la ventana de una habitación de manicomio, el autor nos va llevando a identificar ambas actividades, la humana y la del hormiguero, de una forma que recuerda las corrientes naturalistas, en lo que es una descripción de unas condiciones de vida y trabajo

injustas y cuasi esclavas. Cuando al final leemos el discurso que, en la inauguración del edificio, pronuncia el director del Banco, alcanzamos la profundidad de la denuncia del autor. Este relato de 1965, que recupera *Sin embargo* de un tiempo donde la censura impedía denunciar las cosas con su nombre y obligaba a los artistas a buscar formas de expresión y crítica más sutiles, nos invita a pensar en la capacidad transformadora de la realidad que sigue teniendo el arte, la literatura, y en su llamada a tomar conciencia de la realidad, sin escondernos en hermosas torres de marfil. Con lo que quiero decir que *Sin embargo*, como toda manifestación artística que se precie, no será nunca elitista, aunque lo parezca: desde la “*a la minoría siempre*”, de Juan Ramón, llega sin duda “*a la inmensa mayoría*”, de Blas de Otero.

Esta es una manifestación más del apego a la tierra, a la realidad humana, que es una de las características de los escritores serranos que yo describía en mi trabajo anterior de 1989.

Al cabo de unos años, “por esas cosas raras tan absurdas de la vida”, como dice la canción, la revista dejó de ser de poesía lírica y se quedó solo con los contenidos narrativos, hasta desaparecer definitivamente (¿o de momento?) en 1999, sin ánimo para llegar al famoso 2000, quizás por temor al terrible efecto apocalíptico, milenarista, que se anunciaba en algunos ambientes relacionados con la economía y la informática. Yo quiero, no obstante, pensar que, como la famosa arpa de Bécquer, *Sin embargo* sigue guardando en sus cuerdas mucha música, y espera “*la mano de nieve que sepa arrancarla*”.

ALGUNOS ESCRITORES SERRANOS

En esta parte de mi trabajo pretendo glosar las figuras y obras de algunos escritores serranos, sin pretender en absoluto exhaustividad, y con la conciencia de dejar en el tintero (el teclado del ordenador, diríamos, actualizando la famosa frase hecha) muchos otros que merecerían ser presentados y comentados en las Jornadas. En esta parte de la ponencia, pues, no voy a hacer un estudio profundo de los escritores serranos, ya que no es este el sitio ni la ocasión, sino a dar unas pequeñas pinceladas sobre algunos de ellos. Esto, aunque es un hándicap, invito a verlo como la constatación gozosa de la realidad y categoría de la Literatura que se hace ahora en la Sierra. Además de la limitación de tiempo y espacio que tiene esta ponencia, debo confesar, no me importa reconocerlo, que no los conozco bien a todos, por lo que debo limitarme a glosar a los que conozco más.

Rafael Vargas. Sin duda el primero que quiero citar en esta relación pues debemos considerarlo como el gran agitador reciente de la literatura en la Sierra. Todos lo conocemos y hemos recibido la influencia de su entusiasmo y buen hacer en la organización y dinamización de la cultura literaria en nuestra zona. Sin él, sin su entusiasmo contagioso, sin su trabajo constante y desinteresado, la mitad de las cosas que, en este tema, se han realizado y viven en la Sierra, no habrían nacido. En una ocasión de homenaje a su figura escribí:

*“Eras como un ciclón
que a la Sierra llegó con mil ideas,
ilusión y fuerza viva.
Te atreviste a agitar
el agua amodorrada de esta tierra,
y así fueron naciendo criaturas
de belleza, de vida, de esperanza,
al impulso impaciente de tu empeño.
Era buena la tierra que abonaba*

*tu discurso, la fe que te tenía
como un demon vital que despertaba.
Y fácil se produjo la simbiosis
fecunda en tantos versos
madre de tanta vida
en el renacer poético
que la sierra vivió con tu presencia.”*

Esto que escribí me parece absolutamente cierto y, antes de glosar su obra literaria, me parece de justicia destacar este papel de Gestor cultural (las administraciones han creado esta figura, como un oficio remunerado y un “nicho de empleo” que, con grandes trabajadores, ha conocido también simples oficinistas) que, sin nombramiento, sin paga económica, costándole incluso el dinero en viajes, llamadas, adelantos... ha estado Rafael realizando durante muchos años ya en nuestra Sierra.

Rafael ha hecho de su vida literatura, pues su poesía nace siempre de una profunda vivencia del hombre, de la realidad del sufrimiento y el esfuerzo; de la constatación de la miseria y del afán de justicia. Él ha explicado siempre este tono de su poesía a partir de su experiencia vital, de niño nacido en tiempos difíciles, en ambientes mineros y luchadores, crecido y madurado en el esfuerzo de la emigración y el afán por arraigarse en nueva tierra, conservando desde luego siempre las viejas y auténticas raíces. Él ha comentado más de una vez, hablando de su experiencia vital, que, en Cataluña, era “el charnego”, y cuando venía a Andalucía, “el catalán”, que es la experiencia desgarradora que tantos andaluces, obligados a buscar su vida fuera de su tierra natal, han vivido en tantos sitios. Pero él ha encontrado en la literatura la forma de trascender, por elevación, esta dicotomía angustiante; él, en la lucha literaria por el hombre y la solidaridad del sufrimiento, ha volcado toda su rabia, toda su fuerza, convirtiéndola en un torrente de creatividad y belleza.

Muchos son los libros de poesía publicados por Rafael. Como poeta tiene una larga serie de libros, cada uno como una vuelta de tuerca más a esta temática principal de su poesía, desde *Las nanas del galeote*, en 1984, hasta sus sucesivas “*Obras completas*” (que no finales, porque, como la de Juan Ramón, la obra de Rafael es una “Obra en marcha”). Su amigo y compañero de fatigas y gozos literarios, Manolo Moya, ha estudiado y explicado su obra situándola en el *humus* vital en que ha ido naciendo, en las magníficas ediciones de su poesía que la editorial Hwebra ha publicado con los nombres de *Los motivos del lobo* y *El valor de las palabras*. Creo, además, que la obra poética de Rafael merece y necesita unas Jornadas para él solo, jornadas que estarán siempre incompletas, porque Rafael no dejará de escribir mientras viva, ya que, para él, esto de escribir, esto de expresar una vida, una inquietud, un desgarrar gozoso, le es consustancial, y no podría vivir sin ello.

En esta breve y deslavazada referencia a Rafael Vargas, poeta, crítico y agitador de talentos dormidos, no quiero dejar de traer aquí alguno de sus poemas. ¿Cómo hablar de un poeta sin referir sus versos? Aunque he dicho que su temática principal y más evidente es el hombre, su lucha, su solidaridad, su capacidad prometeica de elevarse, también escribe mucha poesía de amor, que se entremezcla entre sus otros poemas; que se nos ofrece como remanso de una lectura apasionada y social, como señalando que todo esfuerzo humano desembocará en el encuentro amoroso, porque la vida del hombre no tiene otro objeto que amar y ser amado. Quiero leer aquí unos versos suyos, tomados de un libro que es como una declaración y descripción de todo un proceso enamorado. Hablo de “*La plenitud fugaz de la mariposa*”, que son unos poemas intensos y apasionados, con expresiones volcánicas (¿de qué otra forma se podrá hablar del amor?) que me han recordado los poemas también amorosos y volcánicos

del Pablo Neruda de “*Los versos del capitán*”. He escogido el poema XVII, de la segunda parte del libro, *La plenitud de tu nombre*. Así escribe Rafael:

*“Mirarse a dúo
sin más tercero
que ese amor que ha de juntarnos.
Comprobando cómo mis peregrinos labios
-obstinados como el agua-
buscan los cuévanos sangrientos
de tu boca oceánica;
y tras libar en su umbela de abandono,
como ebrios alcaravanes,
despeñarse
en tu sangre caliente y florecida.
¿Quién dijo fin?
Tu temblor de eucalipto
me vivifica
y le quita horas a mis huesos,
hasta dejarme leve como el viento.”*

El libro, estructurado en tres partes, como tres etapas de la relación amorosa, supone, bajo mi punto de vista, una indagación del poeta en el amor, en esa relación única y distinta cada vez, que se establece entre los amantes.

Como crítico literario hay que destacar su labor descubridora y difusora de poetas en la radio, durante muchos años en Cataluña. De referencia son los cinco tomos publicados de entrevistas, que, con el título general de *Entre el sueño y la realidad. Conversaciones con poetas andaluces*, Rafael ha ido publicando a lo largo de los años desde 1994; sus cinco primeros volúmenes recogen sus conversaciones en Cataluña, en la emisora de radio Ciutat de Badalona que le abrió sus micrófonos para un programa distinto. Como dice en las primeras páginas del primer volumen, en la presentación de una colección innovadora y reveladora de poesía, Rafael comenzó esta tarea por una especie de prurito nostálgico y reivindicativo de su origen y procedencia andaluza: “*Un día, tras una serie de recapitulaciones, me di cuenta que, -como tantos otros que por tal o cual motivo abandonaron el lugar de su nacimiento- estaba perdiendo la identidad y algo de mí se rebeló, y lo que sigue es el fruto de aquella telúrica conmoción*”. Por las páginas de los distintos tomos van pasando, en sucesivas entrevistas agudas y esclarecedoras, una gran cantidad de poetas andaluces que nos ofrecen una rica y completa panorámica de la poesía del sur actual. Las entrevistas se completan con una pequeña antología de cada uno de los poetas entrevistados.

Vuelto Rafael a Andalucía, ya en contacto más cercano, directo y fraternal con los poetas, continuó buscando respuesta a la pregunta inquietante de Rafael Alberti, *¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?*, y, esta vez en Radio Aracena, realizó una nueva serie de entrevistas, recogidas en un nuevo volumen, “*21 de últimas. Conversaciones con poetas andaluces*”, con el mismo espíritu inquieto y enamorado de la poesía con que había indagado en Cataluña.

Lo mismo que su obra poética personal sigue abierta, yo confío en que Rafael se anime a proseguir con esta tarea de acercamiento a los nuevos poetas que van apareciendo en la Sierra. Estos seis tomos hasta ahora aparecidos van a ser, estoy seguro, con el tiempo, un tesoro de erudición y sensibilidad de la poesía serrana.

Manuel Moya. “Manuel Moya Escobar... quisiera decir muchas cosas de él, de su amabilidad, su cualidad de buen amigo, su vocación intelectual, su incansable capacidad de lectura... pero todo eso lo saben quienes lo conocen. Hablo de él por su cualidad de escritor. Tiene muy poco publicado y solo en revistas minoritarias; únicamente ha salido un relato suyo, "La sombra del caimán", alucinante, desasosegador y lúcido, en el tomo de los relatos premiados en un concurso literario, pero estoy seguro de que su dedicación insobornable y sin grietas a la literatura pronto lo hará brillar entre los escritores españoles contemporáneos.

“Aunque tiene poco publicado, tiene mucho escrito. Que yo sepa, aparte de innumerables relatos, que publica en forma continua y amorosamente, varios libros de poemas: "Elogio del desierto", "Memoria de Occidente", "Caudal de nieblas" y "Sic transit", en los que el poeta va volcando sus visiones y sus esperanzas, sus vivencias y sus recuerdos, sus angustias y sus pesimismo, sus demonios históricos y sus innumerables lecturas. Ha sido finalista en dos ocasiones del premio Adonáis, el más prestigioso, por lo exigente y profético de su jurado y sus premios, de todos los de España. Tengo el testimonio oral de Elena Barroso, profesora de la Universidad de Sevilla, especialista en poesía contemporánea, de que aquí hay un gran e interesante poeta. Luis Jiménez Martos, director de la colección Adonáis, ha tenido para él palabras muy elogiosas. José María Requena, Premio Nadal y uno de los más grandes escritores españoles contemporáneos, utilizó en tono elogioso el adjetivo "borgiano" para describir al Manolo escritor.

“Estos son algunos testimonios de autoridad que he podido recoger sobre la obra de Manolo Moya. El mío como lector es el de un Manolo Moya entregado indeseablemente a una tarea de autenticidad y de continua depuración expresiva. Me asombro cuando, cada cierto tiempo, Manolo me pasa manuscritos de nuevos poemas o relatos en los que no sé si admirar más la profundidad, o la belleza de la expresión. Utiliza todas las formas y recursos poéticos, aunque con los que se encuentra más a gusto son los del verso libre, pero sin desdeñar ni el soneto, un soneto, eso sí, distinto del clásico, con la musicalidad y perfección de esta forma, que se percibe desde dentro.

“Los temas, mejor, el tema poético de Manolo Moya tiene que ver con un pesimismo y nihilismo radical, sin concesiones:

*"Uno ya no puede dormir con la estúpida resignación
de los príncipes,
uno ya no puede doblar el Cabo de Hornos
sin que intuya que en el fondo se construye una salida,
un trozo de corcho deambulando por el mar, tan poca cosa...
sin que las corrientes lo devuelvan al árbol primigenio,
a la tierra definitiva
que todo lo enturbió de sol y de esperanza,
de vómito y vacío. Entre vomitar y el suicidio,
comprendedlo, prefiero vomitar".*

“Manolo es un hombre que, a pesar de ser joven, ha vivido mucho y en muchos lugares; ha recibido muchas influencias y las ha asimilado, decantándolas en su propio corazón y sensibilidad. Quitando el, como he dicho antes, radical pesimismo que destila su obra, Manolo es un escritor serrano; y no porque, de vez en cuando, como paisaje de fondo o símbolos expresivos aparezcan en sus versos chopos, castaños y otros elementos típicos y tópicos del paisaje o la vida serranos, sino porque es profundo, porque crece hacia adentro, porque no tiene muchas esperanzas hacia fuera, porque sus versos, trágicos y

desesperanzados ocultan, como los erizos a las castañas, un corazón y una sensibilidad noble y de amigo. Y esto no es un panegírico sino un juicio crítico.

“Quizás alguien pueda decir que están traídos aquí un poco forzadamente, pero no quiero terminar esta semblanza de Manolo Moya sino con unos versos suyos, de "*Caudal de nieblas*":

*"El lirio que crece en tus adentros atraviesa como un arco
la noche oscura
del mundo,
del incierto riachuelo".*

Hasta este punto lo que escribí en aquella ponencia del Primer Encuentro de Escritores de la Sierra, en el lejano 1993, y lo he traído aquí para que se aprecie el devenir y la indagación continua de Manolo Moya en la vida y la belleza. En estos veinticuatro años es mucho lo que Manolo ha escrito y más lo que ha vivido, en su buhardilla y sus viajes; charlando con su mujer y sus hijos o dialogando en lo profundo con sus escritores, Pessoa el primero, al que ha traducido, y tantos otros. Son muchos los libros que ha leído y comentado para distintas revistas o jurados literarios; innumerables los premios en que ha participado y ganado. Resumir en un ratito toda la vida que Manolo ha transformado en literatura, hablar de sus últimos poemas o sus distintos heterónimos (porque esta de publicar libros con otros nombres, esa actividad tan de su admirado Pessoa la practica concienzudamente Manolo) es tarea para, más que unas Jornadas de Patrimonio, para unas auténticas" Jornadas de Estudio de la obra de Manuel Moya Escobar", así, con todas las letras y anunciadas en un pergamino con greca lo más historiada posible. Hace poco más de un año salió publicado, en la Isla de Siltolá, su penúltimo poemario, *Salida de emergencia*, que, como todos sus libros, por privilegio de amistad y vecindad, tenía ya en manuscrito y del que confieso leí de un tirón los más de 800 versos que constituyen tan desasosegadora y envolvente profesión de fe desde la desesperanza; es, me parece, su mejor libro hasta ahora y uno de los mejores que he leído en mucho tiempo.

Pero no es este el único. De poemas tiene muchos otros, casi siempre premiados y editados en colecciones de prestigio; *La noche extranjera*, *Las horas expropiadas*, *Las islas sumergidas*, *La posesión del humo*. (Bajo el seudónimo de Violeta C. Rangel), *Habitación con islas*. (Ant. poética, 1984, 1998), *Interior con islas*, *Años de servicio* (antología), *Cosecha roja* (Poemas de Violeta C. Rangel), *El sueño de Dakhla* (Poemas de Umar Abass), *Impedimenta* (Poemas de Xi Shuao Quan), *Islas de sutura*, *Apuntes del natural*, *Salida de emergencia*, *A salvo*, *El corazón de la serpiente* son los títulos de algunos de los libros, magníficos libros, de poesía, de Manuel Moya.

Sí hay que decir de Manolo aquí, ahora, que su dedicación insobornable a la Literatura ha diversificado su cauce: ya no escribe solo poesía y gana premios prestigiosos (Hermanos Machado, Leonor, Ciudad de Córdoba...), ahora escribe narrativa. Lleva publicadas varias novelas y libros de relatos, que también ganan premios, por ejemplo, el Fernando Quiñones de Alianza Editorial, con la magnífica novela *Las cenizas de Abril*, sobre la revolución de los claveles en Portugal, enseguida traducida al portugués.... Mezcla muy bien los datos históricos con la historia de unos personajes que se aman.

Es esta una novela que, además de absorbente por la trama y el montaje narrativo que construye el autor; además de como testimonio histórico de un tiempo irrepetible, lleno de zozobra y esperanza, que se dio en Portugal y, de otra forma pero también, en España, tiene un profundo contenido moral, ético, por la pregunta que plantea, aunque de forma velada, y que es como la gran pregunta que suena desde el Génesis: "¿Dónde está tu hermano?", con

la respuesta de Caín: “¿Qué tengo que ver yo con mi hermano?”. La protagonista se hace consciente al final de su peripecia vital de cómo había vivido al lado de los grandes crímenes cometidos en Angola por personas muy cercanas, sin mover un dedo; no solo eso, había crecido y vivido despreocupadamente, sin querer enterarse de lo que pasaba a su alrededor, a la manera en que todas las dictaduras anesthesiaban a los hombres que siempre decían, al final, que no se habían enterado de nada: pasó con el nazismo y sus crímenes, con el estalinismo, con el maoísmo, con el franquismo...

Literariamente es el mismo tema que se plantea en *La barca sin pescador*, una hermosa y profunda obra teatral de Alejandro Casona, sobre la responsabilidad y la necesidad de abrir los ojos ante el mal y la injusticia. Con esta novela magnífica, Manolo Moya vuelve a dar la razón a José María Valverde, catedrático de Estética en Barcelona cuando, en solidaridad con Aranguren, profesor de Ética expulsado de su cátedra en Madrid, dimitió de su puesto en Barcelona, en 1965, al amparo del lema “*Nulla aethetica sine Ethica*”. Repito que el gran valor de la novela *Las cenizas de Abril*, amén del literario, es el ético y moral.

Otras novelas suyas son *Majarón*, *Tierra negra*, una desasosegadora historia de la guerra civil en la Sierra, *La mano en el fuego* y *Colibrí con hielo*.

Últimamente Manolo ha terminado algunos libros de relatos, *Caza Mayor*, *Ningún espejo*, *La deuda griega*, el primero de micro relatos, el segundo de narraciones más complejas y complicadas, pero no menos absorbentes, y el tercero como un juego literario con el tema tan actual en la política y la economía del Mercado Común, y la aportación de la cultura griega al mundo occidental, con unos textos en los que se mezclan el humor, la nostalgia y la denuncia. Acaba de ganar el segundo premio del concurso de Cuentos de la fundación de Renfe, de relatos sobre el tren.

Yo podría estar hablando de Manolo Moya, como persona, como amigo o como traductor mucho más rato, pero hay que dejar espacio –lo tengo limitado en la ponencia- y tiempo –no quiero cansar a nadie- para otros autores.

Hipólito González Navarro. También papero, aunque nacido en Huelva, acaba de publicar un nuevo libro de relatos, *La vuelta al día*, después de varios años de silencio editorial. A mí este título me hace pensar, me recuerda, el famoso de Cortázar *La vuelta al día en ochenta mundos*, lo que no es una casualidad por la conocida y reconocida devoción de Hipólito por el escritor argentino, despertador literario de nuestro autor.

En una entrevista reciente, hablando de esta relación suya con Cortázar, dice Hipólito: “*El suyo era una vuelta en 80 mundos y el mío es en 20, es una vuelta mucho más modesta. Con Cortázar me pasa una carambola preciosa que me da vergüenza contar. Yo había publicado cuatro librillos de cuentos y tuve la suerte, el sueño, de que Seix Barral agrupara los dos mejores en Los últimos percances. Y había leído con fascinación los cuatro primeros libros de Cortázar, pero especialmente uno que es Ceremonias, que es donde él reunió dos libros suyos, los mejores, Las armas secretas y Final del juego, que publicó precisamente Seix. Luego me metí yo en estos textos y en cierto modo seguía los pasos de don Julio, que después de aquellos cuatro libros y de agrupar sus dos mejores había hecho esas misceláneas de La vuelta al día en 80 mundos y Último round. Yo me preguntaba: Pero, bueno, vamos a ver, ¿voy a estar siempre copiando la trayectoria del maestro? Hasta que me dije: Bueno, es que es lo que toca. Y pensé que lo suyo no era solo no esconderlo, sino declararlo ya en el título*”. Más explícita, imposible, esta declaración de devoción de Hipólito por Cortázar. Y así, Hipólito coge trozos de la única realidad, los disecciona, los complica, los enrevesa y nos presenta el panorama, a la vez divertido y amargo, tremendamente complicado en su fácil simplicidad, de la vida, como hace el gran escritor argentino.

Hipólito tiene, antes de este último, varios libros de cuentos: *El cielo está López* (1990), *Manías y melomanías mismamente* (1992), *El aburrimiento, Lester* (1996), *Los tigres albinos* (2000) y *Los últimos percances* (2005, Premio Mario Vargas Llosa NH a mejor libro publicado), y una novela, *Las medusas de Niza* (Premios Ateneo de Valladolid 2000 y de la Crítica andaluza 2001). Fue, asimismo, finalista del primer premio de novela Blanco White con *Puerta contigua*, una espléndida novela-rock como fue calificada por uno de los miembros del jurado. Lástima que esta novela, que a Hipólito no le gusta, no esté publicada, pues es sorprendente y fresca, en su tema y manera narrativa.

Los críticos literarios dicen que el cuento, ese género literario moderno que comparte con el cuento clásico solo el nombre y su brevedad, es el género más difícil, ya que «no solo es cuestión de extensión, sino sobre todo de condensación, de precisión, de intención, de impacto, de tensión en definitiva» que decía el difunto R. de Cózar. Este es el género que más cultiva Hipólito y en el que se mueve como pez en el agua (o como jabalí en la mancha, que queda más propio de decir en la Sierra).

Y lo hace de una manera muy serrana, con una ironía socarrona y una aparente inocencia llena de retranca, y con un lenguaje brillantísimo. En Hipólito, como buen escritor serrano, tan importante es lo que cuenta y tan literario, como el modo de hacerlo. Consigue convertir una anécdota intrascendente en una apasionante novela; una pequeña aventura de un ser pequeño, en todo un mundo sorprendente. Las manías, las melomanías, incluso las mismamente personales de Hipólito interesan al lector por lo cotidianas que son y porque, con su lenguaje deslumbrante, consiguen convertirse en algo único, maravilloso y surrealista.

Profesionalmente, porque esto de la Literatura no da siempre bien de comer, Hipólito trabaja actualmente en el BOJA y antes ha hecho diseños por ordenador. Por esta práctica de mezclar colores y formas, caleidoscopios, multitud de líneas y superficies en la simplicidad, no solo en el ordenador, sino en la literatura, personajes, situaciones, conflictos aparentes, imaginaciones, desdoblamientos, meandros narrativos, mezclas de tiempos y sensaciones, recursos literarios y cinematográficos... le brotan a Hipólito de la pluma como los personajes en sarpujidos de uno de sus primeros cuentos.

Técnica y literariamente la escritura de Hipólito es de gran calidad y, esta cualidad le está siendo reconocida. Dos famosos críticos literarios españoles dicen de Hipólito: *Una gran obra, esta extraordinaria y variada colección de relatos. El humor, la sorpresa de lo cotidiano, son instrumentos que Hipólito G. toca con virtuosismo de conservatorio o con la habilidad propia de quien ha hecho mucha calle. Son sus relatos historias bien acabadas, platos de cuchara, nada de bocados de realidad* (Javier Goñi. *El País*). “*El cuento es, en manos de Hipólito G. Navarro, un campo de continua experimentación, lleno de tentativas diversas, muchas veces sorprendentes, y un ejemplo contundente de que lo artísticamente decisivo no es lo que se cuenta, sino el modo de contarlo*” (Ricardo Senabre, *El Mundo*).

La principal virtud del Hipólito narrador es que cumple la primera de las condiciones de una buena literatura: interesa y divierte, engancha, lo pasas bien leyéndolo, porque de alguna forma sabes que está hablando de ti mismo y sientes que ha merecido la pena el rato que le has dedicado.

Para terminar hablando de Hipólito hay que decir también que, por detrás de esa aparente luminosidad y humor socarrón de sus relatos, en sus cuentos existe una vena profunda de amargura y, casi, crueldad. Deja escapar, más o menos ocultamente, tensiones antiguas, fobias incontroladas o pesadillas de una infancia quizás difícil. Hipólito se ríe de sí mismo, incluso hace chanza de algún defecto físico, pero, creo, como manera de exorcizar antiguos

demonios o sufrimientos. No es este el momento de psicoanalizar al autor ni traer aquí textos, párrafos de sus cuentos que abonen esta impresión que digo, pero está ahí, difusa, diseminada y oculta, y solo la lectura de su obra puede hacernos descubrir como pequeñas llamadas de auxilio, tenues muestras de amargura, envueltas en el celofán amable del guiño humorístico, de la paradoja sorprendente, como un salto de volatinero sobre una tristeza profunda.

Carlos Sánchez Rodríguez. De Carlos Sánchez, Enrique Baltanás ha dicho:” *Las nóminas están cerradas; los recuentos, hechos; las fotografías, congeladas. Y quien en su momento no salió en la foto o no entró en el recuento ya no cuenta. Es el sino de los poetas tardíos, de los poetas a destiempo, de los que se tomaron su tiempo o lo encauzaron o lo vivieron a su manera, sin tomar demasiado en cuenta los sonos generacionales a los que tocaba bailar.*” Es una apreciación, a mi modo de ver, un poco apriorística aplicada a Carlos, en cuanto que sí es verdad que Carlos no ha publicado hasta muy tarde, pero no porque no haya sido poeta desde siempre. Yo he tenido el privilegio de conocerlo desde hace más de 50 años, de haber aprendido de él, tantas cosas, y puedo asegurar que su vida, su palabra y su enseñanza han sido siempre arte y poesía. No olvidemos que la palabra poesía, procedente del verbo griego *poieo*, significa creación, y Carlos ha sido siempre un creador de perspectivas nuevas, horizontes distintos y sugerencias entrañables, que es la más excelsa forma de poesía que puede darse, y esto no solo en la escritura sino, más importante, en la vida.

Cuando, ya en los últimos años de su vida docente, Carlos publicó su primer libro de poemas, *A estas alturas*, que, antes de ganar el premio Odón Betanzos de poesía, tuve el privilegio de leer en manuscrito, le comenté que el título me hacía pensar, no en el tiempo tardío en que escribe, sino en la altura esplendida de su primera publicación poética. En este libro, bien construido en sus partes y poemas; que utiliza los versos tradicionales, la medida por pies o el verso libre; que está lleno de referencias cultas, originadas en su profunda formación humanística, desenvuelve la intrahistoria de una vida, explorando todos sus momentos y resquicios. No es gratuita ni caprichosa la cita de Borges que encabeza el libro: “*Convertir el ultraje de los años en una música, un rumor y un símbolo*”, que resume la profunda intencionalidad y verdad de estos poemas.

Además de este su primer libro de poesía, Carlos ha escrito y publicado, *Al socio deseado* (2001), que, ya desde su título, nos está hablando de la religiosidad profunda del autor y su anhelo de encuentro, y *Tiempo al tiempo* (2008), poemario este último del que Enrique Baltanás, en su blog ha escrito lo siguiente:

“*Carlos Sánchez Rodríguez se ha vuelto hacia sí mismo, y sin autobiografismos complacientes ni localismos coloristas, pero tampoco universalismos vacuos, en una acertada mezcla de correlato objetivo y verdades eternas, hace balance de una vida, de cualquier vida, en este caso vista por y desde sus ojos, por y desde su experiencia, pero universalizada por eso que llamamos tiempo, y que es la misma materia de la que estamos hechos.*

“*El paso del tiempo, su seriedad irresistible, sus caprichos de saltimbanqui, sus mudanzas monótonas, su desembocamiento en el incierto mar de la eternidad o de la nada, es el tema de este libro, cuyo título es ya una advertencia, y por eso los relojes van apareciendo periódicamente, con su marcha acompasada, en sucesivos poemas que dan unidad rítmica y formal al conjunto, sabiamente construido.*”

Carlos Sánchez, que ha dedicado la mayor parte de su tiempo a la enseñanza en el instituto de Aracena, ciudad en la que nació (1939) y en la que reside actualmente, ha escrito, además de poesía, numerosos ensayos y obras narrativas. Como ensayista, es autor de *La Peña y Arias Montano* (1992), *Perfil de un humanista* (1996), *El humanista Arias Montano* (1998), *El Frescor de los montes* (2001), *La poesía social de J. Font-Espina* (2004) y *La poesía existencial de J. Font-Espina* (2009). Entre sus obras narrativas se encuentran *Último otoño* (2009), una fabulación en la España renacentista, sobre la presencia de Cervantes en Granada y el hallazgo de los libros

plúmbeos. *Cuba, cartas de un emigrante* (2011), *Río abajo* (2013), y su última publicación, *Retablo barroco (Aracena, 1600-1615)*, sobre la Aracena del siglo XVII. En estas obras narrativas, así como en la biografía de Arias Montano, Carlos utiliza una técnica peculiar, por cuanto, en capítulos paralelos y sucesivos, va narrando la historia y comentándola, con gran erudición que no quita nada de amenidad. También ha cultivado el relato corto, donde destaca *Con un canto en el pecho*, finalista ‘Ciudad de Huelva’ (1994) y *No pretendas saber*, Premio ‘Fernando Belmonte’ (2001).

Yo, que en mi juventud fui alumno suyo y en mi madurez compañero de claustro, sé de la influencia que Carlos Sánchez ha ejercido en tantos y tantos jóvenes que, a través y a partir de él, han amado la Literatura.

Hay otros muchos escritores en nuestra Sierra que no podemos comentar aquí por las limitaciones que una charla de este tipo, en unas Jornadas tan apretadas y densas, tiene. Se quedan fuera autores como Rodolfo Recio, Juan de Mata Rodrigo Moro o Augusto Thassio, cuyas obras ya eran conocidas antes de las Jornadas de Jabugo, por lo que se salen del Corpus que para esta ponencia me he fijado; Mario Rodríguez, polifacético autor, historiador, poeta, ensayista, narrador... , actual presidente de la Asociación Literaria Hwebra, uno de los autores más interesantes del panorama actual de nuestra literatura serrana. Con no sé si su último libro, *Gafas de cerca*, tuve un profundo encuentro, pues, como buen poeta-profeta, Mario logró con él dar voz a profundas vivencias mías. Elías Hacha comenzó una sugerente carrera literaria, con relatos y novelas como *El Ilumi*, o *El sol atornillado*, y libros de versos sugerentes como *Alambres de estaño*, *Compás filososal*, *Versos custodios*, y *Viajero en las eses*. Precisamente en la portada de este último libro, Elías expresa, todo con mayúsculas, lo que puede ser una declaración de porqués e intenciones poéticas: “*Es como si de pronto por abí fuera hubieran empezado a crecer cosas que ya estaban, qué cosas, como si hubiera cambiado el viento de repente, como si el viento nuevo hubiera cambiado cosas por aquí dentro, qué cosas, qué cosas, y al final pues vaya, abí está, aquí dentro resulta que crece una cosa, y qué cosa! Y no hay quien lo explique, aunque se intenta, será que ya llovió bastante*”. Elías se fue de la Sierra a un instituto de Sevilla, y, yo al menos, no sé cómo ha evolucionado su carrera literaria, tan prometedora cuando empezó en la Sierra.

Otros autores serranos que no quiero dejar de nombrar aquí son Ernesto Martín, Juan Antonio Muñiz, Juan Antonio González Flores, Ignacio Garzón y Rafael Moreno, autores serranos que presumen de serlo y van desarrollando una carrera literaria sin prisa y sin pausa.

Pero ahora quiero hablar de escritoras. Aunque hoy existe un prurito tonto de presentar la igualdad de hombres y mujeres en términos numéricos, como una forma de acallar una mala conciencia de marginación femenina en todos los ámbitos de la vida, aquí no presento yo a escritoras mujeres como peaje a un prejuicio de lo políticamente correcto. Yo hablo aquí de escritoras; de mujeres de gran categoría literaria y que comparten aquí en la Sierra inquietudes artísticas, foros literarios y ediciones con sus colegas masculinos. Precisamente por esta pretensión que tengo voy a llamarlas “poetas”, no “poetisas” como es el término gramatical que corresponde, liberado de toda la carga peyorativa de que pudo contaminarse en otros tiempos, pero que responde a la tendencia actual a señalar lingüísticamente el sexo con el uso de sufijos femeninos, aunque no hagan falta. Digo que, sin embargo, voy a llamarlas “poetas” en este punto de la ponencia, para afirmar que están con pleno derecho estas mujeres en la nómina de la creación literaria serrana. Fuera de este contexto, cuando me refiera a ellas, seguiré llamándolas “poetisas”, porque para eso existe la palabra, y a la lingüística debemos descontaminarla de connotaciones políticas. Pero este es otro tema. Aquí vamos a hablar de escritoras y de sus obras.

Nieves Romero. Estrictamente se sale del corpus que hemos establecido en esta ponencia: autores que publican a partir de 1990. La obra de Nieves Romero, escritora de Galaroza afincada en Huelva es anterior a esta fecha, pero no quiero dejar de nombrarla aquí por su trabajo editor y divulgador a partir de la última década del siglo pasado. Cito aquí las palabras que a ella le dedicó Manuel Moya en su magnífico trabajo en la Jornadas de Castaño del Robledo: *“Nacida en Galaroza en 1961, se incorpora al movimiento cultural onubense alrededor de 1980, en plena decadencia de los novísimos. Su poesía se empapa de los presupuestos formalistas de estos, también llamados culturalistas. Con solo tres libros publicados (Poemas sin título 1984, Leyenda sin nombre, 1988, que junto a Catálogo y recuerdo de una exposición perdida, fueron recogidos en Poesía reunida, 1980-2005 (Ed. Huebra, Zafra, 2005) Nieves es, a mi juicio, la más interesante de las poetisas onubenses de los ’80. Su obra, no trata de la identidad femenina, pero sí de un tiempo otro, primigenio, que a veces nos retrotrae a la cervantina edad de oro y otras veces a la infancia, donde los objetos e incluso las relaciones humanas aparecen alumbrados por una pátina de inocencia. La poesía de Nieves Romero parece arribar desde un reino intocado, donde habita la belleza, pero también el amor y la plenitud, si bien en algunos de sus últimos poemas se adivina ya el dolor. Es en esa tierra de luces sinuosas, de colores suaves, de paisajes sencillos y casi soñados, donde la Romero ha construido su propio mundo, donde aletea, sobrecogido, el pájaro furtivo del amor. Nieves abandonó la escritura creativa a mediados de los noventa, pero nos ha quedado de ella una voz sutil, hermosa, tornasolada, fluctuante entre el sueño, la infancia y la vigilia”*. De Nieves hay que destacar su labor de editora y promotora de nuevas voces poéticas, desde su trabajo en la Diputación Provincial. Obra suyas anteriores a 1990 son *La noche de los hombres* (1988) y *Leyendas sin nombre* (1989).

Marisa Carbajo Lobo. Nacida en Arroyomolinos de León (algunos dicen que nació en Sevilla) pero afincada en Aracena desde hace años, tras una dedicación a la poesía en sus tiempos más juveniles, se decantó en la universidad por estudiar Psicología; entre estos estudios y su vida personal (matrimonio, hijos, trabajo...) abandonó por un tiempo la escritura poética. Afortunadamente la retomó, compaginándola con su trabajo en la editorial Bohodón, de la que es una de las propietarias. Ha publicado hasta la fecha un solo pero intenso libro, titulado *955 versos*, (Ed. Huebra, Zafra, 2005) así, con ese título tan aparentemente neutro, en el que ella, desde la ironía, el buen hacer formal y la profundidad del pensamiento y el sentimiento, defiende lo que, en un foro, llama “Auténtica poesía”. Marisa explica: *“En una época en la que el verso medido (y más aún el rimado) se consideraban como algo anacrónico, un grupo de poetisas -o de personas interesadas por la poesía- crearon el foro de "Auténtica poesía" con el fin de investigar y trabajar el verso con métrica y rima. ¿Por considerar que era lo mejor o lo único? No, solo por estudiar, defender y practicar este tipo de poesía -que parecía denostada y abandonada-, ya que creíamos -lo seguimos creyendo- que es un aprendizaje básico y previo para cualquiera que quiera manejar bien el verso, independientemente de que, en su evolución poética, uno se lance luego a escribir en verso libre, en prosa poética o en lo que el cuerpo le pida. Tan importante me parece conocer a los clásicos que ver cómo trabajan y han trabajado los contemporáneos y los cambios fundamentales que trajeron a la poesía”*. Pensamos al leer esto que nos vamos a encontrar una poesía fría, formalista y acartonada, pero nada más lejos de la realidad. Como escribe Manolo Moya, uno de sus más decididos valedores, *“Marisa habla sin recato del placer, de las tareas y asuntos cotidianos, de la muerte de sus deudos, de todas esas pequeñas cosas que constituyen su ser en el mundo”*, y lo hace con un dominio claro y total de las distintas formas de versificación y ordenamiento estrófico. Los sonetos, los metros sáficos, las formas breves y populares como la soleá... brotan con naturalidad de la profunda vena poética de Marisa. Con todas estas formas, Marisa Carbajo canta a la vida sencilla, a las cosas de cada día, a los recuerdos y a su condición de mujer, y todo con un deje irónico y distanciado que, paradójicamente, nos acerca más a la persona. Hay un poema que me ha emocionado especialmente, y no solo por el nombre (aunque fue lo primero que llamó mi atención), *“Un ángel con corbata”*, sino por la emoción contenida y el sentimiento que refleja, y esto en un modelo formal modernista, una silva arromanzada, a la manera de Antonio Machado:

*“No por razón de dogma incuestionable,
no por ensoñación ni fiebre rara,
ni por delirio insomne: yo lo he visto
despierta y despejada.
Un no sé qué celeste
prendido en la mirada,
susurros, aleteos,
la risa fuerte y clara,
y clara su melena,
silvestre, almibarada,
con rizos hacia el cielo,
que tanto le enfadaban.
Y aquella forma ingenua y peregrina
de andarse por las ramas...
Lo he visto, yo lo he visto tantas veces
como ausente, mirando a una pantalla,
como etéreo, moverse en zapatillas,
como tonto, comerse mis patatas,
subido en aquel guindo, como siempre,
dormido en esta cama...
Lo vi llorar al padre,
noté cómo temblaba
por verse en la misión tan de repente
de custodiar la casa,
tan breve de presencia,
tan torpe con la espada...
y cuando se hizo un hombre
lo supe, más que nada,
por mi esfuerzo, devota y de puntillas,
para alcanzar su cara.
De gracia se llenaba ante mi enojo
al ver que sus mejillas me pinchaban.
¿Dónde se ha visto espíritu tan cándido
en cuerpo de modelo de portada?
Lo vi pintando lienzos/ y luego preguntar si los firmaba.
¡Ángel de pocos aires!... Qué poquito
calaban en su afán mis alabanzas.
Durante treinta años, ¡treinta años!
pendiente del prodigio de su magia,
y nunca vi su vuelo;
supongo que a escondidas lo lograba,
un tanto temeroso y vacilante
en cada encrucijada,
y luego retornaba a su refugio
a tiempo de evitar la luz del alba,
y de llegar a misa
y derramarse en gracias.
No sé si se extravió, se lo llevaron...;
sé que no regresó de madrugada.
En paz lo vi, sin signos de cansancio,*

*y dicen que voló y en paz descansa...
Hermoso en sus dos metros de estatura
sin extender las alas.
Conservo cosas tuyas: su despiste,
los cuadros que pintaba,
sus libros, sus canciones,
sus mismos apellidos, su mirada,
y su mejor retrato: un ángel con corbata.“*

Aunque aparenta lejanía y desprendimiento, en este poema se ve claramente la implicación personal y sentimental de la autora, permitiéndonos pensar que la ironía que rezuman sus poemas no es más que un disfraz de una sensibilidad profunda y una cercanía cordial. En otro poema del libro, con el título irónico de *Liriqueces* se ve claramente esto que quiero decir. Solo el segundo cuarteto:

*“Si, viendo que aparece el intimismo
me sonrojo o acuso azoramiento
con disimulo cambio el sentimiento:
le añado algunos toques de cinismo”.*

Marisa tiene a medio escribir un libro de poemas en forma de homenaje a los escritores y mitos griegos clásicos, del que, en pequeños círculos, ha dado a conocer algún poema, y que espero que pronto terminará y publicará.

También quiero presentarles a otra de nuestras “diosas blancas”, **Felisa del Carmen Zarza Torres**, que es de Aroche, donde vive; fue alumna mía y me enorgullezco de decirlo. Aunque no puedo decir que le enseñé a escribir, sí que la animé y ayudé. Tuve el gusto y el honor de “presentarla en sociedad” literaria en el primer encuentro de escritores de la Sierra, allá por el año 1993. Esto fue lo que escribí entonces de ella: “Felisa del Carmen Zarza Torres tiene publicados algunos poemas ganadores de certámenes poéticos de distintos institutos de bachillerato de España. La Asociación Cultural Senabra debería editar sus poemas, aunque hubiera de ser fuera de su colección de Estudios Arochenos. Felisa está casada, tiene un hijo y posee un puesto en la plaza de su pueblo, una Buñolería. Y escribe versos, muchos versos, versos hermosos, versos profundos, versos donde la vida se hace palabra y la palabra se hace certeza y la certeza se hace vida para recomenzar el ciclo:

*"Algún día romperé con mi bata blanca,
me iré quitando lazos de mi cuerpo
hasta quedar ausente como el aire,
hasta quedar desnuda como un beso.
Desnuda al fin, sin lazos ni fronteras,
ausente al fin, de brisa estremecida;
hecha de sol mi sangre vagabunda,
la sangre vagabunda de mi herida.
Caminaré después, humilde pasajera,
de instantes, por el arco de la vida;
y olvidaré mi nombre, mi luna, mi existencia
en los pliegues amables de una risa.
Hoy voy de paso, bañada por la espuma;
a veces siento espuma salada de los mares,
con mil cadenas blancas*

*atadas a mis pies
y con el corazón por los aires".*

“Felisa ha cantado con tonos nerudianos a la dura vida del campesino que ha visto en su casa, al amor adolescente, a las dudas y anhelos de la juventud, a los seres que son en algo distintos... a la vida, en fin, en toda su riqueza. Los últimos poemas suyos que conozco hablan de, y hablan a, su hijo. Voy a terminar esta semblanza -presentación de Felisa con un poema de este ciclo:

*"Me arrebuja las piedras de mi casa y mi calle.
Se descubre en las ramas del olivo al jilguero.
¡Oh, la risa del niño trepando por mis manos!
¡Oh, los ojos del niño descubriéndome toda!
¡Oh las manos del niño llevándome, salvándome!
¡Oh, las risas del niño abriéndome las puertas!
¡Descúbreme en un gesto de tus labios chiquititos!
¡Enséñame a sentirme de cristal nuevamente!
¡En escabel de risas... arreújame niño!
Estas risas que van de tu pelo a la cuna;
de tu cuna a mis labios,/ de mi labio a la luna.
¡Llévame de tu mano esta tarde, amor mío.
Apréndeme a estar viva/ como tu risa, niño.
Y ofréceme tus brazos, ofréceme, amor mío,
abrigo entre tus dedos incólumes, cariño.
Porque el mundo está helado,
porque el mundo está herido
arrebuja a tu madre! Arreújame niño! Arreújame, niño
que ni las piedras grandes ni este cielo infinito
dan cobijo a mi angustia! Arreújame, niño!
¡No. No crezcas, que te adivino herido
y entonces no habrá pan porque ya no habrá trigo.
Que no, que no permito/ que le roben la risa a mi niño...
Pero ¿cómo vencer este frío maldito
que fuera de la casa quiere ser tu padrino?
¡que tu madre se hiela!
¡Arreújame niño!"*

Esto fue lo que escribí entonces, hace más de 20 años. En este tiempo Felisa ha cambiado, ha madurado y evolucionado como poetisa y como persona. Para mí, sin embargo, sigue siendo la misma que fue mi alumna inquieta, observadora y abierta a cualquier nuevo estímulo creador, por eso me fijé en ella y la apoyé. Su evolución vital ella me la describe así:

“He estado después de 2006, cuando escribí y publiqué Hojarasca en la editorial Hvebra, pues principalmente buscándome a mí misma. Estuve en la casa cuidando del hogar hasta que salí disparada de aquella mujer que yo no era para hallar la que dejé atrás un día guardada en algún rincón del tiempo. He estado aprendiendo poesía. Encontré en mi camino la mano amiga de un gran hombre hace cinco, casi seis años. Un amigo del bar 1900 en Huelva que apoyó a esta poeta cuando todo parecía querer engullírsela sin dejar vestigio de ella. Me divorcié y he estado estos tres últimos años luchando desafortunadamente¹ por hallar un puesto en la sociedad de la que he estado casi alejada dedicada al hogar y los hijos. Hace un año monté

¹ A mí este adverbio me suena a D. Quijote, como algo quijotesca es la vida y la lucha de Felisa

una dulcería de dulces tradicionales y buñuelos, con la que intento ganarme la vida. Hace unos meses, con un amigo poeta, Manuel López, hemos escrito un poemario con la voz en off de los amantes a través de whatsApp, y algunos que otros poemas de diversa índole que queremos conformar en un libro”.

Inédito tiene “*El verso de la noche y la canción del alba*”, con un título que evoca al Rubén Darío de los *Cantos de vida y esperanza*. Es un libro distinto a lo anterior en la forma, en cuanto que deja el verso y la estrofa clásica para expresarse en una forma libre, o en formas populares, y en una expresión llena de metáforas visionarias plenas de fuerza:

*“Ranas y sapos embisten en medio de la carretera
Un cuchillo afilado va en procesión de razas
Un brazo, enorme y largo,
atenaza las cunas/ de los niños sin cuna...
y sin alma”.*

Y también distinto en el fondo, en cuanto que, a veces, deja traslucir un pesimismo existencial crudo y desesperanzado. El libro está dividido en las dos partes que anuncia el título. La primera, *El verso de la noche*, de tono dolorido y existencial:

*“Me ha marcado las tres de la mañana
un reloj,
y las tres menos cuarto después,
y la una y media...
¡Oh soledad amarga!”*

La segunda, *La canción del alba*, más vital y esperanzada, con invocaciones al hijo y a un Dios buscado y presentido, como termina la última estrofa del último poema del libro:

*“¡A mí me gustaría recostarme
oh cansado Señor en tu costado
que huele a Tarde gris y a flor de Marzo!
¡Oh viejo solitario!
¡Oh triste amigo!”*

Casi de lo último que Felisa ha escrito son los siguientes versos, verbos acelerados, vida desbocada, ansias de trascendencia:

*“Observo. Entro. Investigo. Escapo. Me integro.
Toco la raíz y el cielo. Creczo. Acaricio su lomo.
Ruge. Levanta la mirada. Me amenaza. Espero.
Comprendo. Amo. Respiro... Respiro profundo.
Vuelta al sueño del río. Salvaje. Bellísimo.
Tan poderoso...El río.”*

Quiero terminar esta semblanza de Felisa y su poesía constatando que ella es capaz de literaturizar su vida, sus experiencias, y convertir la vida en versos, como convierte los versos en vida para quien los lee. En uno de sus últimos poemas escribe con lo que puede ser una especie de resumen corto de toda su experiencia poética:

*“Hoy podría contar una historia muy hermosa
de una mujer que buscó la verdad y al enfrentarla*

se hizo más fuerte que la luna y más fría”.

Comentar el trabajo de otras escritoras serranas haría excesivamente largo este trabajo. Pero no puede continuarse si no hacemos mención, aunque sea solo de pasada de **María Alcantarilla**, de quien Manolo Moya afirma: “*María es todavía una joven escritora en expansión, pero su solidez, su oficio y, por qué no decirlo, su rebeldía, hacen de ella una voz a considerar*”. Otras escritoras serranas a las que quiero citar aquí son **Reyes Rodríguez**, de Galaroza, de gran creatividad y fuerza expresiva, tanto en sus poemas como en sus relatos, aunque no se prodiga mucho en la escritura. **Paloma Jara**, de Cortegana, que tiene un sentido innato del ritmo narrativo cuando escribe, que, sin embargo, lo vuelca en sus crónicas periodísticas para televisión española en Andalucía. **Catalina Mora**, también de Cortegana y también periodista. **África María Sánchez**, de Los Marines, que emplea su capacidad fabuladora en la escritura para niños, uno de los públicos más difíciles de contentar, con varios libros de cuentos publicados en editoriales especializadas.

En este punto de la creatividad literaria en la Sierra no hay más que decir sino que se muestra pujante y prometedora. A los nuevos autores ya consagrados, de los que hemos hablado, podemos poco a poco ir incorporando nuevas voces, como la constatación gozosa de que el deseo que manifesté en la ponencia de 1989 se va haciendo realidad esperanzadora.

EL HABLA DE LA SIERRA.

El Habla, esa peculiar manera de realizar la Lengua que tiene una colectividad, una comunidad, un territorio, y que lo caracteriza. El Habla de nuestra Sierra ha sido siempre muy correcta, tanto en la Prosodia como en la Sintaxis, y muy creativa, peculiar y riquísima en el Léxico y la Semántica. Todos los que vamos teniendo una edad hemos oído a los mayores, y quizás también las hemos utilizado nosotros mismos, palabras y expresiones acertadísimas y llenas de significados sugerentes. Todavía recuerdo cómo una mujer de Aroche, a la que monté en el coche en una ocasión, al preguntarle por su hijo, me comentó que solo le interesaba la “rebimba”, expresión que significa juerga, el andar de fiesta, el divertirse, pero que ahora, aunque se practica mucho por la juventud, se llama “botellón”, como en cualquier lugar de España.

Y como esta, tantas expresiones que ya no se usan, y no solo porque las circunstancias vitales van cambiando, y al no existir ya apenas oficios tradicionales, se pierden también las palabras que los designan (pienso en “mandil”, que era el delantal de cuero que usaban, por ejemplo, los zapateros), sino, sobre todo, porque la televisión y los medios de comunicación modernos están uniformando (y empobreciendo) los lenguajes.

Es la hora triste de entonar un réquiem por el habla riquísima de nuestros mayores, que hacían de la “palabra rumiada”, en expresión de Carlos Muñiz, un arte que iba más allá de la pura comunicación utilitaria para convertirse en un acto de creación de belleza expresiva. Ya es muy difícil oír en las conversaciones de la vida ordinaria las palabras, las frases hechas del habla tradicional de la Sierra, que sí podemos encontrar en la obra de nuestros clásicos, como José Nogales o Carlos Muñiz, y también en aquel hermoso libro, *Recuerdos de Fuenteberidos* en el que Rodolfo Recio dibuja una serie de cuadros costumbristas que son un tesoro de gracia y habla popular.

Por lo menos nos queda el consuelo, el testimonio de los diccionarios, que quieren conservar esta riqueza. Lo que pasa con los diccionarios es que, en cierta manera, son lo que llama

Cortázar en Rayuela, “cementerio”, que es el lugar donde se guarda a los difuntos y se les visita para llevarles flores y oraciones, pero sin incidencia en la vida ordinaria. Claro que también podemos recordar las palabras que Neruda le dedica en una de sus Odas Elementales:

*“Diccionario, no eres
tumba, sepulcro, féretro,
túmulo, mausoleo;
sino preservación,
fuego escondido,
plantación de rubíes,
perpetuidad viviente de la esencia
granero del idioma”.*

En él podemos encontrar también la que Neruda llama:

*“la otra
Palabra
que allí vimos perdida
entre renglones
y que de pronto
se hizo sabrosa y lisa en nuestra boca
como una almendra
o tierna como un higo”.*

Os confieso que esta sensación de dulzor olvidado es la que tantas veces he sentido yo cuando he leído o escuchado todavía alguna palabra, alguna frase, de esta habla ya casi olvidada.

En esta labor de preservar el fuego escondido de las palabras hay que destacar la aparición de dos libros recientes, el “*Diccionario de palabras para andar por casa*”, de Manuel Garrido Palacios, y el “*Diccionario de la Sierra*”, de Rodolfo Recio. El primero de ellos abarca el habla de toda la provincia, no exclusivamente de la Sierra, y es únicamente léxico-semántico. No se limita a palabras, sino que recoge también frases hechas y refranes del habla popular; de cada una de las entradas hace referencia de los lugares donde el autor ha oído la palabra o expresión, y recorrer sus páginas es una auténtica gozada nostálgica, porque esas palabras y expresiones son jirones de un pasado que ya se fue, y, al mismo tiempo, un baño de autenticidad y personalidad de un pueblo con historia y vida propias.

El segundo es el *Diccionario de la Sierra*, de Rodolfo Recio, que es una obra muy interesante y sugerente por su empeño totalizador, en cuanto que se define como “etimológico, comparado y de uso”. En él encontramos cuantiosa información y explicación semántica y antropológica de muchísimos vocablos (no léxias o frases), amén de etimológica. En este afán noble de totalidad está al mismo tiempo el talón de Aquiles de la obra: el Corpus que lo constituye no podríamos decir que es fundamentalmente serrano, pues multitud de palabras, lo mismo que en la Sierra, se dicen en toda la provincia de Huelva y, estoy por afirmar, que en otros lugares de Andalucía. Y, por otra parte, el libro, como herramienta para un conocimiento léxico y semántico de las palabras, se hace difícil de manejar por la cantidad de información erudita que se incluye en cada entrada. Pienso que el libro ganaría mucho si se presentara en dos partes, una léxico-semántica, como cualquier diccionario de uso, y otra con las explicaciones etimológicas e históricas convenientes. De todas formas, estas pequeñas

objeciones no empañan el mérito que tiene la obra, que es un esfuerzo grande para conservar y divulgar entre las nuevas generaciones el riquísimo acervo del habla popular de nuestra Sierra.

Y ya voy a terminar porque me estoy pasando del tiempo y el espacio que me concedieron. Ahora, a diferencia de mi anterior ponencia sobre este tema en Jabugo en 1989, no tengo recomendaciones que hacer ni deseos y sueños que manifestar. La Literatura en la Sierra ha cogido una velocidad de crucero y va a ir marchando segura y avanzando más cada día en importancia y presencia. Muchas gracias.